

Un puñado de cuentos maduros: los relatos de José María Sanjuán

CARLOS MATA INDURÁIN*

Al Dr. Ignacio Arellano

En este trabajo¹ me propongo un acercamiento a la producción cuentística de José María Sanjuán, formada –aparte de algunos relatos sueltos²– por dos libros: *El ruido del sol* (1968) y *Un puñado de manzanas verdes* (1969). Pero, antes de entrar en su análisis, convendrá trazar un breve bosquejo biobibliográfico de este escritor, cuya prometedora carrera literaria se vio truncada por una temprana muerte.

1. SEMBLANZA BIOGRÁFICA Y CAUDAL LITERARIO

José María Sanjuán Urmeneta³ –nacido en Barcelona el 8 de octubre de 1937, pero de ascendencia navarra⁴– fue periodista y escritor. En 1952 se tras-

* Universidad de Navarra

¹ Forma parte de una investigación más amplia, desarrollada con la ayuda del Gobierno de Navarra por el equipo de investigación HILINA (*Historia literaria de Navarra*), de la Universidad de Navarra.

² Por ejemplo, «El cerco», publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 150, junio de 1962, pp. 354-358 (impreso también en edición exenta: *El cerco*, Madrid, Imprenta del BOE, 1962, 5 pp., en tirada aparte de la revista); o «Una nueva luz», recogido en *Los mejores cuentos. Antología de premios «Hucha de Oro»*, Madrid, Novelas y cuentos (EMESA), 1969, vol. I, pp. 19-23 (puede leerse también en *Una nueva luz y veintinueve premios más. El cuento en la literatura española actual*, Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorros Benéficas, 1966, pp. 3-8; se publicó también en prensa con el título «Las luces de Bartimeo»).

³ Existen dos tesinas de licenciatura sobre este autor: una de I. Javier Fernández, *José María Sanjuán, escritor y periodista*, tesina mecanografiada del año 1972 (ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid, sign. 4 / 132.241, al que le faltan las primeras páginas con la portada); y Joseluís González, *Los cuentos de José María Sanjuán*, memoria de licenciatura dirigida por Ángel Raimundo Fernández González, Pamplona, Universidad de Navarra (Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Literatura Española Moderna y Contemporánea), enero de 1986.

⁴ Su madre era una navarra asentada en Cataluña; Sanjuán pasaba los veranos con su familia en Navarra (en Pamplona y Linzoáin, en el valle de Erro), y se sintió siempre vinculado a esta tierra: «Jo-

lada a Madrid, donde cursa estudios de Sociología en la Universidad Central y de Periodismo en la Escuela Oficial de Periodismo. Publica su primer artículo en *El Pensamiento Navarro*, y en 1956 obtiene un premio por un trabajo sobre la figura de Pedro Malón de Echaide. Diversas colaboraciones suyas aparecen en la revista *Pregón* y José María Iribarren, asiduo colaborador de esa publicación, le guía en los comienzos de su aventura literaria. Colabora en *El Alcázar* desde 1961, pero su temperamento de reportero le lleva a viajar por Europa y África como enviado especial, publicando sus artículos y reportajes en varias revistas y periódicos: *ABC*, *Ya*, *Actualidad Española*... En 1965 obtiene una beca de la Fundación Juan March para la creación literaria, en concreto para la redacción de su libro *El ruido del sol*. No fue la única distinción que alcanzó: en efecto, Sanjuán recibió varios premios periodísticos y literarios, entre los que sobresalen el «Sésamo» de novela corta 1963 por *Solos para jugar* (Madrid, Aula [Cies], 1963), el «Ayuntamiento de Jerez» de relatos, el «Hucha de Oro» 1966 por su cuento «Una nueva luz» y el Nadal 1967. Su novela *Requiem por todos nosotros*, ganadora ese año (y publicada al siguiente, Barcelona, Destino, 1968), fue a la vez una revelación y su consagración como escritor. Sin embargo, víctima de una enfermedad incurable, el escritor falleció en Pamplona el 5 de mayo de 1968, truncándose así bruscamente la carrera de una de las jóvenes promesas de las letras navarras.

Además de las obras ya comentadas, escribió otra novela, *El último verano* (Madrid, La Novela Popular, 1965), y dos libros de cuentos, *El ruido del sol* y *Un puñado de manzanas verdes*, que a continuación voy a comentar. Igualmente, dio a las prensas otros títulos ensayísticos o de investigación como *Fray Pedro Malón de Echaide* (Pamplona, Gómez, 1957), que fue Premio Biblioteca Olave, publicado con prólogo de Héctor Aurelio de Mendizábal; *Gayarre* (Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1978, colección «Navarra. Temas de Cultura Popular», núm. 9); o *Acción, periodismo y literatura en Ernesto Hemingway* (Madrid, Punta Europa, 1967).

2. EL RUIDO DEL SOL (1968)

Como ya he indicado, para escribir este libro Sanjuán contó con una beca March de Literatura. Se publicó en 1968, y conoció una segunda edición en 1971⁵. Se trata de una colección de quince relatos que tienen en común el mundo del toro y, sobre todo, del torero.

El «Prólogo» de José María Pemán (pp. 9-16) va encabezado por una cita de Eugenio Noel que da una pista sobre el significado del título: «El sol, un sol de estío, lleno de ruidos, alumbraba todo eso». Pemán rememora una entrevista que Sanjuán le hizo, en la que aprendió «cosas de una juventud de nueva conciencia, de una seriedad y una autenticidad pasmosa» (p. 10). Ha-

sé María Sanjuán siempre confesó sentirse navarro y a esta tierra profesó un cariño profundo. Quienes han estudiado la historia de las letras navarras así lo han manifestado al añadir el apellido de Sanjuán en las nóminas de autores de la provincia» (Joseluis GONZÁLEZ, *op. cit.*, p. 19).

⁵ José María SANJUÁN, *El ruido del sol*, Barcelona-Tarragona-Madrid, Ediciones Terra, 1968, con dibujos interiores de Juan José Plans y prólogo de José María Pemán; José María SANJUÁN, *El ruido del sol*, 2.ª ed., Barcelona, Destino, 1971 (colección Áncora y Delfín, núm. 372), también con prólogo de Pemán, edición por la que citaré.

bla de su originalidad y modernidad y recuerda que ganó el premio «Hucha de Oro» con un cuento «impresionante», «novísimo»: el autor «parecía resuelto a hacerse una vida literaria ahorrando clasicismo en hucha de oro, y despilfarrando sus rentas en originalidad y modernidad» (p. 12). Nos informa asimismo de que, ya enfermo, Sanjuán organizó desde la cama este libro de relatos, *El ruido del sol*: «Buen título. El sol, sobre todo en los toros, es vociferante y ruidoso: como la luna, sobre todo para los enamorados, es confidente y romántica» (p. 14).

Sigue comentando Pemán que estos «relatos de cosas de toros y toreros» nacieron un verano en el que el autor fue de plaza en plaza tras Antonio Ordóñez. Algunos de ellos recuerdan a Hemingway, aunque en su opinión son otra cosa: «En Sanjuán ha vuelto a funcionar el modo de hacer del cuento una “supernovela” que se escapa hacia el poema lírico» (p. 15). Con el «estímulo melancólico del más vivo y colorista de los temas», el de toros y toreros, Sanjuán produce una «renovación literaria y poética», que explica así:

Sus relatos –poemas– remachan su originalidad, además de por la manera de hacer, por su escorzo de contemplación. En el libro de Sanjuán está todo lo más humano y recóndito del tema profundísimo. Son las narraciones taurinas de antes y después de la corrida (pp. 15-16).

Y concluye Pemán que el autor es «el narrador-poeta de la más densa colección de escenas taurinas, generalmente sin toro».

El libro se abre con «La espera» (pp. 17-27), cuento encabezado por una cita de Edward Glover, con la que enlaza el comienzo del relato. Julián y una muchacha acuden a la habitación del matador para saludarlo y desearle suerte. El torero confiesa a un periodista que tiene miedo. En la habitación el calor es grande, y más que a la acción invita a la reflexión, lo que se traduce en el ritmo lento del relato:

Es ahora cuando llega la sombra aciaga y se enturbian los pensamientos. Y sucede así porque todavía la cabeza funciona bien y los gritos del público y el fragor de la fiesta no ha emborrachado al ídolo. Se ve muy claro el peligro y la figura de la bestia (p. 24).

Al maestro le acompaña Rafael, su mozo de espadas. Las varias frases que se van reiterando en el discurso narrativo indican que todo sigue igual, que no pasa el tiempo o que pasa muy lentamente. Poco a poco se acerca la hora decisiva: el torero siente un gusano en el pecho, reza, tiene miedo... hasta que salta a la arena: «Luego, en la plaza, se pasa» (p. 27). Ha llegado la hora de la verdad: «De pronto rompió la tarde un ruido de músicas. Y fue como la liberación de todo». No hay otro desenlace. Sanjuán ha construido el relato tomando como centro, no el momento culminante de la faena, sino las lentas horas previas (el relato termina precisamente cuando aquélla va a empezar) y sabe transmitir al lector la angustiada espera del matador.

«Lo que tú siempre quisiste ser» (pp. 29-37) presenta un comienzo *in medias res*: «El hombre se volvió hacia el muchacho y le dijo...» (p. 31). En la taberna, un hombre habla con un joven, Loro, de un famoso torero cuya fotografía está colgada en la pared. El hombre insiste en que pudo haber ido con él, pero no quiso. Sigue el diálogo, fluido, también cuando llega el limpiabotas Jerónimo. El hombre aconseja al muchacho: le explica que, en la profesión taurina, arriba llegan muy pocos, insiste en que él pudo haber

triunfado como el matador de la foto y le vaticina que él no llegará. La frase final del limpia Jerónimo aclara el resentimiento del frustrado maletilla: «Desde que le dieron la cornada y lo echaron de peón por malo, siempre discute así... ¡Un asco!» (p. 37).

«Un olor a leña húmeda y quemada» (pp. 39-49) también comienza *in medias res*. De madrugada, varios hombres, dirigidos por un mayoral, tratan de meter en un camión una bestia que se ha astillado los cuernos para llevarla al matadero. Contempla la escena un joven de quince o dieciséis años, que protesta porque le habían prometido que torearía esa vaca brava. Un aspecto destacado del relato es la incorporación de sensaciones olfativas, circunstancia a la que alude el título (veáanse las pp. 41, 44, 46, 49 y *passim*), desde la perspectiva del muchacho anónimo —como otros muchos personajes de los cuentos de Sanjuán—, en particular el agrio contraste entre el olor a leña del fuego y el bravío de la vaca lastimada.

Leo, Pedrete y Marcial son los protagonistas de «La gran tarde» (pp. 51-68). Camino de la feria de San Isidro discuten sobre si los toreros lo son por afición o por dinero. Por su conversación (salpicada de expresiones coloquiales: *lila*, *parné*, *pelao*, *verde* ‘billete de mil pesetas’, *leandras* ‘pesetas’...) nos enteramos de que un millonario americano les dará mil pesetas si uno de ellos salta como espontáneo durante la corrida. Necesitan dinero para una entrada y Leo lo consigue haciendo de gancho en una atracción de feria. Marcial es quien va a la plaza; horas más tarde, no aparece en el bar donde habían quedado después de la corrida, y tampoco en casa del ricachón extranjero. Al final llega éste, borracho, diciendo que su amigo ha muerto corneado por el toro y se niega a pagarles el dinero prometido. Con las palabras finales, el título cobra un valor irónico: «Se tapó los ojos con la mano, como con asco, y cerró bruscamente la puerta. Como si la gran tarde hubiese terminado ya» (p. 68). La indiferencia del millonario contrasta con las ganas de salir adelante de los desvalidos muchachos; es interesante además, en este relato, el contraste entre dos de ellos, Leo, que es el más cerebral, y Marcial, símbolo del valor, que al final termina pagando con su vida.

El quinto cuento, «El triunfador» (pp. 69-83), está protagonizado por Rafael, un torero que, tras mucho intentarlo, ha conseguido llegar a lo más alto del escalafón. Desde el principio se irán repitiendo las alusiones a su triunfo: «Todo es sencillo. Se triunfa y luego puede uno beber, reír y amar» (p. 71); «Era el triunfador, no cabía duda» (p. 73); «Y él bebía feliz y tranquilo porque era el triunfador y no tenía que dar explicaciones a nadie» (p. 73). En una fiesta en su honor se le insinúa María, la mujer de Willy, el dueño de la casa. El narrador, que adopta el punto de vista de su protagonista, indica: «Ahora era un señor, un caballero. Y rico, además. Era un triunfador» (p. 73); y todavía hay nuevas alusiones a su triunfo en las pp. 74, 78 y 80-81). La mujer le propone que vayan juntos a París. Pero él es el triunfador, y desprecia a los que se le acercan ahora, al calor de su prestigio recién adquirido y de su dinero. El final del relato remacha esa idea:

Seguramente, hace cinco años, cuando empezaba había caído por aquí buscando ayuda. Y no la encontró. Le despreciaron. Y ahora se habían cambiado las cosas. Él era un triunfador. Solamente esto (p. 83).

En «Una lluvia suave y pegajosa» (pp. 85-95), Chavito y Macario (un picador viejo, apodado *Pegajoso*) comentan el tiempo: parece que esa tarde va a llover, lo que supone un mal presagio, porque la última cornada la recibió el picador precisamente en un día de lluvia. Pasan el tiempo hablando con un representante de colonias, hasta que llega la hora de la corrida, en la que muere Macario: «Su cara estaba roja de ira, cubierta de lágrimas. Y de lluvia. De una lluvia caliente y suave que se le pegaba a la piel» (p. 95). El mal presagio, esa lluvia suave y pegajosa a que aludía el título, ha traído consigo, en efecto, la estela de la muerte y la desgracia para el viejo picador *Pegajoso*.

«El silencio está lleno de ruidos» (pp. 97-106) comienza con una nota de luminosidad, que estará presente a lo largo de todo el relato, como un *leitmotiv*: «Blanco. Todo era, aproximadamente, blanco. Las paredes, las sábanas, la luz delgada y suave que se filtraba por los ventanales» (p. 99). El matador y su mozo de espadas Juan esperan. En estilo «indirecto libre», el narrador presenta los pensamientos y temores del torero, que ve y oye cosas que su compañero no. De nuevo Sanjuán sabe captar con finura y maestría la angustia de esas horas de tensa espera del maestro en su habitación del hotel, antes de la corrida:

Se dejó caer en la cama y estiró bien las piernas. Otra vez el vacío, aquel espeso silencio. Pero en el fondo del silencio creía escuchar los ruidos de pisadas, de voces, de canciones que subían en espiral desde la calle y luego se metían en la habitación con la luz blanca y finísima (p. 103).

«Un día es un día» (pp. 107-118) nos presenta a varios personajes: Andrés, Curro, Pedro y Campos. Éste, un picador maduro, y los otros miembros de la cuadrilla, más jóvenes, marchan a Francia, donde torea el matador al que sirven (que hace el viaje en otro coche). Cuando paran en un bar a tomar algo, ven que el coche del torero está aparcado a la puerta de una elegante villa. Sus comentarios sugieren que el maestro estará acompañado de alguna hermosa mujer, porque —como indica el título— un día es un día.

En «El aire sabe a caliente» (pp. 119-132) nos presenta Sanjuán a El Candi y Valero, dos toreros que actúan en ínfimas corridas de pueblos; los dos se alojan en casa de María hasta la hora de la corrida. En el relato va alternando el presente (el torero herido sobre la cama, luego muerto) con el pasado (se cuenta cómo fue cogido en la corrida del pueblo). El alcalde y un amigo acuden a ver al herido, pero María los rechaza, porque ellos son quienes han permitido que saliese una vaca resabiada; también ellos fueron los responsables de la muerte de su hermano, en circunstancias similares. A lo largo del relato se reitera como un *leitmotiv* ese sabor caliente del aire: «El aire sabe a caliente y resulta sofocante» (p. 123); «Y todo sabía a caliente» (p. 127); «El aire sabe a caliente, casi se mastica» (p. 131), y lo mismo en las palabras finales:

Y al cerrar la puerta se recuesta sobre la madera y siente que el corazón le golpea aceleradamente. Una nube de calor le vela sus ojos. Arriba, bajo el dintel de la puertecilla del cuarto, Valero mira el cuerpo rígido y siente, más que antes, el peso del aire. Agobiante. Caliente (p. 132).

Un torero comenta con otros personajes la faena de esa tarde en «El extraño» (pp. 133-139). Como en varios otros relatos del libro, el ambiente se hace pesado, asfíxico por el calor. Todos los amigos que se arriman a él lo

elogian sin medida; al final pide consejo a otro, en su opinión más sabio que los demás, y éste le dice que ha estado francamente mal. Entonces todos los entusiastas callan. Se trata, pues, de una nueva reflexión sobre la adulación que rodea al torero exitoso, que ya se apuntaba en «El triunfador».

«La camisa amarilla» (pp. 141-147) tiene como motivo una de las supersticiones de los toreros, el mal fario de ese color⁶. José, alias *Almonteño*, ha recibido esa mañana la visita de un extranjero que llevaba una camisa amarilla; y, al hacer el paseíllo, vuelve a verlo en el tendido. El final deja en suspenso el desenlace, aunque hace presagiar la desgracia: «Y presintió que quizá ya no volvería más a desandar el terreno y la arena que ahora pisaba...» (p. 147).

El siguiente relato es «Las cenizas de todos nosotros» (pp. 149-61). Cecilio, alias *Juanete III*, sale de la cárcel de un pueblo y la gente lo señala como el torero del domingo, «el del miedo». Todos sus hermanos han tenido mala suerte en el toreo: *Juanete I* cayó en una novillada nocturna; *Juanete II* sufrió la amputación de un pie, porque le cambiaron un buen toro que le había tocado en el lote. El padre, que quiere fundar una dinastía taurina, reprocha a su hijo su cobardía al negarse a torear (razón por la que lo habían metido en el calabozo): «¡Has acabado con todos nosotros!, ¡has terminado con nuestras cenizas...!» (p. 161). Pero, en realidad, lo que ha hecho ha sido salvar su vida, sin exponerla inútilmente en el ejercicio de un trabajo para el que no siente la más mínima vocación.

«No es bueno volver a empezar» (pp. 163-168) presenta a Rayo, un mal torero, ya viejo y acabado, que acude a su amigo Carlos, camarero, para que le preste algo de dinero; éste consiente, aunque le advierte que le iría mejor si dejase de intentarlo como espada y entrase de subalterno en alguna cuadrilla. En suma, una nueva evocación nostálgica y tierna del torero fracasado, que lo ha intentado, pero que no ha sabido llegar a lo más alto o mantenerse allí.

En «Mañana será un hermoso día» (pp. 169-177) el joven Pascual va de noche, a la luz de la luna, a tentar unas reses. Entre paréntesis se van consignando las reflexiones de su monólogo, y el narrador augura la desgracia que le espera en su arriesgado empeño: «Había en el aire una sombra inquietante, de acecho y aventura, de silencio comprimido, de lucha contenida, de tragedia solitaria» (p. 171). Pascual consigue dar unos pases a un toro, pero es cogido. Cuando a la mañana siguiente encuentran su cuerpo, el jinete se lamenta, no de la suerte del muchacho, sino de que esa aventura le ha estropeado varios toros, ya no aptos para la lidia. De nuevo el título cobra tintes de ironía trágica, una vez conocido el desenlace: para el pobre maletilla, sencillamente, no habrá mañana.

Cierra la colección «El último tercio» (pp. 179-186), relato que va encabezado por una cita de Hemingway. Laurel, mozo de estoques, ayuda a vestirse al maestro Manuel, al que antes le iban mejor las cosas: su habitación se llenaba de amigos y aficionados, pero hora no acude absolutamente nadie. Esa tarde tampoco *toca pelo*, igual que las anteriores, pero el torero piensa, como siempre, que todavía le queda alguna oportunidad, que el triunfo se presentará mañana... El final, de nuevo, niega esa falsa esperanza: «Y Laurel

⁶ Este color aparecía ya en un pasaje de «El silencio está lleno de ruidos», p. 104.

sabía que no había ya ningún día que se llamara así» (p. 186). Para Manuel no hay ya mañana, como tampoco lo había para Pascual, de «Mañana será un hermoso día»; para Rayo, de «No es bueno volver a empezar»; para José, de «La camisa amarilla», etc.

Como hemos podido apreciar, todos estos cuentos tienen como protagonistas a toreros, ya se trate de espadas profesionales, ya de simples maletillas y aficionados. El libro de Sanjuán se asemeja a otros de Ignacio Aldecoa, tanto por el hecho de reunir diversos relatos centrados en un oficio, como por la ternura con que quedan retratados los personajes más desvalidos. En efecto, en todos ellos la acción –cuando la hay– se centra, más que en los toreros triunfadores, en los fracasados, en aquellos que no han podido llegar, o en los que llegaron pero ya han visto cómo pasaba su hora. Y más que desde el momento culminante de la corrida, de las diversas suertes taurinas (que en ningún momento se describen), estos cuentos de *El ruido del sol* se plantean muchas veces desde la perspectiva de la espera, lenta y angustiada, de los toreros en sus habitaciones de hotel. Sanjuán sabe captar muy bien la atmósfera asfixiante que –física y moralmente– agobia a estos personajes (el calor, la humedad, las amistades interesadas, etc.), al tiempo que proporciona a sus relatos un marcado y nostálgico tono lírico, muy evocador y sugerente.

3. UN PUÑADO DE MANZANAS VERDES (1969)

*Un puñado de manzanas verdes*⁷ reúne diez narraciones cortas que abordan, de una manera u otra, el tema de la adolescencia. Esta circunstancia, el hecho de existir un hilo conductor que engarza los relatos, o mejor, un tema central que sirve de telón de fondo para todos ellos, es característica que lo emparenta con el libro anterior. Igual que en *El ruido del sol*, también aquí la relación con los cuentos de Aldecoa resulta bastante clara.

Abre el libro el cuento «Por primera vez» (pp. 7-17), que consta de tres secuencias separadas por espacios blancos. La primera empieza con la frase: «Estuvo callado durante toda la comida» (p. 9); el relato se va construyendo con frases similares, muy cortas, que reflejan los pensamientos del muchacho protagonista, lo que él llama «su lío»:

Por la mañana, sí, por la mañana sí que le había pasado algo. Total, nada. Un poco de lío en la cabeza, unas palabras del maestro, luego otras palabras de los compañeros. Y el lío. Por la mañana sí que le había pasado algo. Pero ahora no (p. 9).

La segunda secuencia explica lo ocurrido previamente: a la mañana, el maestro ha comentado en clase que vio a algunos niños fumando. Sus palabras desatan un rumor entre los alumnos; mientras, afuera, llueve. El maestro sigue explicando la lección, pero ya todos sólo piensan en lo sucedido, algo que, considerado por sus infantiles mentes, debe de ser pecado. A la salida, «el muchacho» –así se le denomina a lo largo del cuento– se encuentra con Nico, Juan, el Perote y el Nito, quienes le cuentan que fueron ellos los que fumaron, un cigarro negro, y le invitan a sumarse al grupo para volver a

⁷ José María SANJUÁN, *Un puñado de manzanas verdes*, Barcelona, Destino, 1969 (colección Áncora y Delfín, núm. 323).

hacerlo; él duda, pero al final se va a su casa, aunque dando vueltas en la cabeza al asunto:

El maestro tenía razón, pero también tenía razón el Nito cuando decía que ellos ya no eran niños. Evidentemente, eso era verdad. Se miró en la cristalera de una tienda. Estaba crecido, tenía pelusa en la cara... Ya no era un niño. Y le dio rabia no haber ido con los otros a la iglesia vieja, a fumarse un cigarro de la petaquita color azufre (p. 15).

En la tercera secuencia la acción vuelve a situarnos en la tarde⁸. El muchacho ni se concentra en el estudio, ni puede hablar en casa del tema que le preocupa. Las repeticiones subrayan estilísticamente el lento paso del tiempo, captado desde la perspectiva y el estado anímico del joven: «Las tardes son largas. Las tardes pesan. Y los libros no aguantan toda la tarde» (p. 16). Al final, el niño baja a la calle y compra dos cigarrillos rubios, que fuma apresuradamente en el portal y que le producen mareos y náuseas. Por la noche sus padres le preguntan de nuevo si le pasa algo, pero no les cuenta nada de lo sucedido. Al acostarse, el muchacho comprende que su padre tiene razón, que él y el maestro siempre tienen razón: «Y cerró los ojos. Y encontró la paz y el sueño. Y ya nada le daba vueltas encima, sobre la cabeza» (p. 17), concluye el relato.

El protagonista de «Volveremos a empezar» (pp. 19-27) es un joven que, en la playa de un pueblo costero, recuerda a la muchacha que ama: «Las cosas estaban claras... La muchacha y él se querían. Nada más» (p. 21). El Pancho y Caracorta le invitan a ir en barca y luego al parque «Paraíso», lugar donde la conoció, circunstancia que suscita de nuevo su evocación:

En el Paraíso había conocido a Marta y se habían dicho muchas cosas bonitas, al atardecer de aquel domingo, cuando las gentes iban deshojando triste, dulce, melancólicamente, la pálida tarde de fiesta. [...] Pensó que la vida sin la muchacha era como si el cielo no tuviese estrellas o el mar horizonte o el Paraíso gente los domingos por la tarde (pp. 22-23).

Sin embargo, las cosas han cambiado y ahora se encuentra entre la decepción y la esperanza: «El amor lo puede todo, hasta matar. Y yo moriré; es lo mejor» (p. 23). Poco a poco, el estilo indirecto de la narración nos va aclarando la situación: el muchacho y Marta se carteaban, y él era feliz: «Pero ahora no. Ahora había visto a la muchacha y al señorito besarse. Y aquello era el fin» (p. 24). Además, sus padres le han dicho que Marta, dos años mayor, es ya una mujer, mientras que él sigue siendo un chaval. Mientras mira al mar, ahonda en su dolor y llega a la conclusión de que la muchacha no le quiere:

Y pensó que no valía la pena amar, ni querer, ni sufrir por esas cosas. Pero había una cosa clara todavía. Que él y la muchacha se habían amado. Y que él seguía amando a la muchacha (p. 26).

Entonces el narrador nos dice que ve las aguas como «pistas hasta el horizonte»; la indicación que sigue parece sugerirnos que el adolescente se va a suicidar tirándose al mar: «Se puso de pie sobre el vacío... [...] Era una idea

⁸ «Las tardes son largas. Las tardes pesan. Por las tardes hay que preparar las lecciones para el día siguiente. El muchacho tenía un libro de geografía en las rodillas. Pero no estudiaba. No podía estudiar» (p. 15).

que le dominaba desde que había visto a Marta y a su acompañante, de la mano, por el camino alto» (p. 26). Sin embargo, en ese momento lo recogen sus amigos para ir en barca: «Les contestó que bueno. Y sonrió. El sol, ahora, quedaba atrás, y no le hacía daño ni le cegaba. Era como empezar otra vez. Igual».

«El casco sobre la cabeza» (pp. 29-38) lleva como lema una cita de León Felipe: «Ahora... / cuando el soldado se / afianza bien el casco / sobre la cabeza». Presenta a unos soldados que marchan de nueve en fondo, con su sargento al frente. El más joven pregunta si les darán casco y le contestan que luego. «Era joven, un muchacho. La sonrisa era también así: joven, fácil, franca, con algo de ilusión» (p. 32). El muchacho (anónimo, como los otros de estos relatos) insiste en pedir el casco y un soldado viejo, que se convierte en su mentor, le explica que tomarán medidas a su debido tiempo. El anciano, que habla poco —y en tono sentencioso cuando lo hace—, es un soldado experimentado, cansado y con el alma encallecida: «El viejo tenía raíces ya. [...] Pero era viejo y sabía bien del oficio y de la vida» (p. 33). Mientras el joven recuerda la ciudad, los amigos, las muchachas, la unidad recibe el aviso de que va a pasar la aviación enemiga, y el viejo le da su lección: «En la guerra no hay muertos. Hay cementerios. ¡Apréndelo, muchacho! [...] Como una lección. Es ley» (p. 35). Ahora, en la posición de combate, el joven dispone por fin de un casco. El cielo rojizo parece un presagio de sangre⁹; pero el bisoño soldado nota que una mano se posa tranquilizadora sobre su cabeza¹⁰. Es el viejo soldado, que trata de animarlo con ese gesto protector y con su sonrisa: «Calma, muchacho, no pasa nada...» (p. 38).

Cierto parecido con el anterior relato guarda «Tranquilízate, muchacho» (pp. 39-47). El protagonista es de nuevo un ser anónimo, «el muchacho», con lo que su experiencia adquiere, de alguna manera, valor universal. Este muchacho, mientras muerde una hierba sentado junto al río, recuerda una frase de su maestro: «Cuando se mira al pasado, el corazón da un vuelco...» (p. 41). El maestro les ha explicado que, estudiando, pueden ser mucho en la vida; sin embargo, el muchacho se siente feliz allí, libre, oyendo el ruido del río y de los pájaros:

Esto es vivir, pensó el muchacho. Esto y no el pueblo, y la escuela y el maestro. [...] Los pájaros, las nubes, el río y la flor aquella, con el tallo húmedo y jugoso en la boca. Era su mundo, nada más (p. 42).

En cualquier caso, nota que le late deprisa el corazón. Recuerda que cinco días antes le llamó el maestro porque había faltado a clase: «Al río no van los muchachos», le dijo, palabras que le hacían ver que no era todavía un hombre, sino un chico; el maestro le explicó que debía ir a la escuela y no al río; pero él —replicó— amaba el río y odiaba la escuela. «Yo amo el río», se afirma ahora ante un pastor, que le sonrío, y añade que quiere ir hasta el mar, llevar una vida libre. El pastor le dice: «Un día será, un día...».

⁹ «Había luna, y al fondo en el horizonte llameaba el cielo. Rojo, violeta a veces» (p. 35); «Arriba el cielo aparecía coloreado del todo, entintado y jubiloso como si fuese de día» (p. 37).

¹⁰ Este mismo gesto lo encontramos en otros dos relatos: en «Tranquilízate, muchacho» y en «Es cosa de muchachos»; cito de este último: «Luego me ponía su ancha mano sobre mi pelo revuelto y movía su cabeza» (p. 72).

La nueva escapada causa desazón al muchacho¹¹, pero en vez de regresar, se va más lejos; camina durante tres días, y siente de nuevo el remordimiento de su fuga: «y le dolió el corazón, como si brincara dentro de su pecho, revuelto e inquieto» (p. 46). Al final, decide regresar, aunque teme la reprimenda del maestro: «El muchacho sintió miedo y también como si el corazón quisiera salirse fuera» (p. 46). El maestro le pregunta si, en algún momento de su aventura, el corazón le dio un vuelco. El chico se muestra tranquilo, pero el maestro pone la mano sobre su cabeza (igual que el soldado viejo del anterior relato, en señal de protección) y le dice las palabras del título: «Tranquilízate, muchacho». Al verlo llorar, el viejo le asegura: «Un día será, un día...» y le sonríe, igual que hiciera el pastor, «porque ahora comenzaba a amar de verdad el mundo». Tras repetir la frase: «Tranquilízate, muchacho», suben los dos juntos hasta lo más alto de la montaña.

«El miedo» (pp. 49-57) comienza con estas palabras: «El Nino empujó la puerta y se metió en la casa. Había un pasillo estrecho y oscuro y, al final, una luz mortecina, agonizante» (p. 51). Se trata de un muchacho, niño aún, al que su padre le ha dicho que debe cumplir sin miedo con una obligación social: acudir a un velatorio¹². La narración nos transmite el desasosiego del joven, al indicar que le sube «como un aire malo y lleno de pinchos» (p. 51) y al insistir en la «luz triste y agria», «la luz siniestra» (pp. 52 y 53) del pasillo que atraviesa. Varios hombres charlan (gente pobre, que alude a «eso», «la cosa», «cosas del Otro», eufemismos para evitar referirse a la muerte con su nombre), mientras sigue destilándose en el pasillo «la luz triste y a medio morir» (p. 55). Uno de los presentes dice a Nino que se acerque, que el cadáver no muerde; un niño pequeño le pregunta también si no pasa: «Y el Nino se quedó cortado, hecho de piedra, con la voz y la mirada hechas un puro hielo. No contestó» (p. 56). De repente, le empujan y, al ver los pies rígidos y el vientre hinchado del cadáver «grande como un globo», se marea y cae al suelo. En este cuento es magnífica la descripción del ambiente, sofocante para el muchacho: la luz, el olor, los sonidos desagradables¹³... todo lo cual contribuye a transmitirnos con acierto la sensación de miedo del muchacho, que da título al relato:

El Nino sintió cómo un aire helado le subía por la espalda y le apretaba el cogote. Se notaba mal, muy mal allí. Le temblaban las piernas y a ratos sentía como si le estuviesen pinchando y le hiciesen agujeritos por todo el cuerpo. Notaba calor y frío al mismo tiempo (p. 55).

Otro relato muy logrado es «Cerca del horizonte» (pp. 59-67), que presenta las esperanzas de mejorar de vida de Pruden, humilde jornalero que se

¹¹ «Y fue entonces cuando el corazón le dio un golpe y recordó las viejas palabras del maestro» (p. 45).

¹² Existe aquí una especie de «cuento dentro del cuento», al referirse brevemente la historia del padre, matador; éste le dice que acuda «sin miedo, sin dudar, como el buen torero que sale a la plaza y pisa con dudoso paso la arena ardiente y siente cómo del estómago le sube la oleada del miedo, del terror, pero se sabe sobreponer y luego se lía a dar verónicas y rechazos que es un placer» (p. 52). Poco después explica el narrador: «Al padre del Nino le gustaba hacer comparanzas con lo de los toros» (p. 52).

¹³ A la luz mortecina del pasillo, hay que añadir las «voces chillonas, picadas, que herían los oídos y el alma» de unas viejas, cierto tufillo acre del ambiente («el aire aquel viciado, oscuro, lleno de torpeza»), etc.

marchó de su pueblo alentado por su maestro¹⁴, un temporero que trabajaba en el campo de sol a sol, «desde el alba hasta la última luz» (p. 61). Pruden recuerda una frase de su admirado maestro: «En los pueblos, la muerte, ya lo ves. Trabajar, casarse y un montón de hijos. ¡Aquí no saben otra cosa!» (p. 62). Su mayor deseo es ir a la ciudad, para poder medrar: «Y le entraba dentro una hinchazón de viento nuevo, y en el pecho se le iba formando una llama grande y expansiva. Algo así como esperanza y dolor» (p. 62). Sus pensamientos e ilusiones se nos van revelando a través de su conversación con otro jornalero, Tomás, un rubianco conformista:

Pero él tenía ya un lío grande en la cabeza y en el pecho un nudo gordo que le apretaba y le hacía daño. [...] Y cada verano bajaba un poco más, siempre con ganas, con ilusiones de encontrar el límite de su esperanza y luego venía la frustración y la nada. Y tornaba el nudo a ensancharse dentro, donde el pecho, y a un lado, en el corazón también. [De noche] pensaba largo y soñaba porque creía que así el nudo se le saltaría un día y podría vivir más ligero y con menos ganas de trotar y de buscar lo que no veía bien, lo que intuía dentro, pero que no llegaba a comprender (p. 63).

Ensimismado, la noche le trae morriña, mientras fuma y mira al cielo, al horizonte: «Y sintió en el pecho la fuerza del nudo y la esperanza también y muchas cosas más revueltas y en desorden» (p. 64). Expone a su compañero su idea de ir a la ciudad a aprender un oficio; Tomás, en cambio, se muestra partidario de seguir con la misma vida, en las eras, sin más futuro que seguir manejando la hoz¹⁵. Pruden siente ansias de superarse («Andar siempre así, a tumbos, acaba por agotar...»), mientras que Tomás se resigna con su suerte («¡Nacimos para eso!»). Pruden está ya convencido de que no quiere seguir viviendo así¹⁶; tiene esperanza y, mirando al horizonte rojizo, nota que se le empieza a deshacer el nudo de su angustia. Pero entonces una vieja repite la llamada para la cena y el mayoral les manda que vayan a buscar el ganado. La orden, que le devuelve a la realidad, quiebra brutalmente su sueño de mejorar: Pruden siente rabia y dolor porque todo va a seguir igual; el destino de los hombres como él es, según sentenciara Aldecoa en el título de uno de sus relatos más famosos, «seguir de pobres»¹⁷.

En «Es cosa de muchachos» (pp. 69-78) irrumpe una voz narradora en primera persona: «En una de esas casas vivía el abuelo, y vivía yo también» (p. 71). El narrador recuerda sus estancias a temporadas en aquella casa con sus primos Mario y Carolina y describe al abuelo, que tenía una especie de

¹⁴ «Se lo había dicho el maestro, unos años antes, por el verano, cuando el polen de las eras formaba nubes densas en el aire. / —Aquí no tienes nada que hacer...» (p. 61). El joven cree que el maestro es un sabio: «Aquel hombre seguramente conocería los secretos del mañana, la gestación primorosa de las profesiones y de los oficios» (p. 61).

¹⁵ Tomás le resulta antipático por su risa desagradable: «una risa grande y dañosa, como de garganta averiada» (p. 64); «aquella risa que hacía daño, que dolía, que acababa metiéndose dentro como una blasfemia, como una burla» (p. 64); «la carcajada aquella, estridente y gruesa» (p. 65).

¹⁶ Pruden, en efecto, no desea que todos los días sigan siendo iguales: «Y se le imaginaba su vida como una gran rueda, tosca y pesada, dando siempre las mismas vueltas, oscilando siempre alrededor del mismo eje. Y pensó que allí no estaba la salvación ni la alegría» (p. 65).

¹⁷ Hay que destacar el cambio de luz que se aprecia en el relato, que comienza con claridad y acaba simbólicamente con el cielo oscuro, negro.

manía con las campanas; de hecho, vivía en aquel barrio por las campanas de las distintas iglesias, que eran para él como el telégrafo del cielo¹⁸. Cuando cometía alguna travesura –por ejemplo, pasear bajo la lluvia–, el abuelo le disculpaba cómplice ante la tía Lola con un: «¡Cosas de muchachos!». A veces le preguntaba qué sería de mayor: «Y yo siempre le contestaba que me gustaría ir por el mundo, solitario, en días de lluvia, para mojarme bien y recibir el agua suave y tibia de las nubes», porque esa era «una forma hermosa de ir por el mundo» (p. 75).

La segunda secuencia, separada de la anterior por un blanco, explica por qué el abuelo rechazó tajantemente la idea de su nieto de ir a Cuba: «Más tarde, un día, no sé cuándo, la tía me dijo que al abuelo le habían matado a su padre en aquellas tierras. Entonces comprendí el porqué no quería que yo fuese a vivir aventuras a aquellas tierras» (pp. 76-77).

La tercera presenta el desenlace: «Sucedió un atardecer» (p. 77), mientras suenan las campanas:

Las Agustinas dieron las campanadas de las ocho. Y casi a continuación sonaron las de San Cerni. Y poco después las de San Lorenzo. Entre unas y otras se murió el abuelo. Llovía. Y la calle aquella parecía más estrecha, más llena de sombras, más aislada y silenciosa (p. 77).

Es una lluvia menuda y tibia. El joven, al que no le dejan ver el cadáver, llora y siente rabia, y se le escapa una sonrisa triste y vaga: el abuelo ya no habría dicho que «era cosa de muchachos», sino «eran cosas de hombres ya». Cuando lo llevan a enterrar suenan las campanas al unísono, no como antes, que sonaban por separado:

Yo lo sé porque no me dejaron ir al cementerio y las escuché en silencio, junto al balcón panzudo de cristales, llorando en silencio. Yo sabía que el abuelo me estaba contemplando y sonreía. Me acuerdo como si fuese ahora (p. 78).

«Un puñado de manzanas verdes» (pp. 79-89) es el cuento que da título al volumen. Sentados junto a la puerta de casa, un «viejo» muestra al «muchacho» –de nuevo personajes anónimos designados genéricamente– los árboles de la huerta, que están repletos de manzanas; pero el anciano le advierte reiteradas veces que están todavía verdes: «Y el viejo lo decía con nostalgia, pero con dureza. Con la palabra muy firme, como si estuviera encallecida de tanto murmurarlo» (p. 81). Le explica que hay que esperar a que maduren, al tiempo que le clava su mirada «gris, acerada, punzante». «Hería la mirada del viejo cuando la clavaba de aquella manera» (p. 81), pero el niño siente una profunda admiración por él:

¹⁸ *Cf.*: estos pasajes: «Las campanas tienen algo de cielo, ¿eh?, como si te llamaran para ir allí... [...] Cualquiera día nos llamarán a nosotros también, ya verás»; «son como si nos invitaran a seguir las al cielo...» (p. 73). Por los topónimos mencionados, el relato parece ambientado en Pamplona: San Cerni[n], Agustinas, San Miguel, Plaza de San Francisco: «Era una ciudad fresquita en verano, pero helada y húmeda en invierno. Llovía mucho. Pero era una lluvia hermosa, suave, finísima, que casi ni te enterabas cuando caía» (p. 73); «Era una ciudad somnolienta, hecha para las nostalgias. Con grandes alamedas de árboles de copa ancha y tronco recio y rugoso» (p. 75).

Y pensó enseguida que era hermoso imitar al viejo. Porque el viejo sabía muchas cosas del mundo, de la vida, de los árboles y de las manzanas (p. 82).

En efecto, lo que sucede con las manzanas constituye una buena enseñanza para la vida: hay que saber esperar, «porque todas las cosas tienen su tiempo, su momento» (p. 83). La relación que une a ambos personajes se explica a través de un *flash-back*: «Todo había comenzado unos días antes»; el niño, al pasar por los frutales, dio un tirón de una manzana y rompió la rama; el viejo, lejos de reñirle, le explicó que las manzanas estaban todavía verdes y se hicieron amigos; ahora suele recordarle que, en la vida, «las cosas hay que cogerlas a su tiempo, sin prisas» (p. 86). En primavera muere el viejo; el niño visita su tumba muchos días, hasta que, al llegar el tiempo de las manzanas, una mujer le da una cesta con ellas y recuerda que el anciano le decía que su vida sería distinta cuando creciese y madurase, como las manzanas: «Con los ojos cerrados iba recordando las palabras del viejo y le sonaban dentro, en el corazón, como una melodía suave y hermosa» (p. 89).

Cinco secuencias separadas por blancos tipográficos forman «El ojo del mundo» (pp. 91-103). La primera presenta a un niño obsesionado porque le dicen que no debe mirar por unas ventanas de la casa, pero no le dan ninguna explicación¹⁹. Un atardecer de domingo en que el muchacho insiste en preguntar por qué no debe mirar, la señora con la que vive le contesta que porque es el ojo del mundo. En la segunda secuencia se describe aquella extraña casa y se comenta que el muchacho estuvo antes en otra (¿un reformatorio, la inclusa?; él ni siquiera sabe cómo ha llegado allí). Se oyen silencios «que daban al patio y a la casa un instante de intimidad, de secreto y hasta de misterio» (p. 97). La mujer, aludiendo a las ventanas tras las que se escuchan vagas conversaciones de hombres y mujeres, insiste en «que aquello era el mundo y que no debía mirar nunca por allí» (p. 98). En la tercera secuencia el niño sigue observando «la vida misteriosa y extraña de aquella casa» (p. 98), y descubre que los sábados, domingos y últimos días de mes y, también en los atardeceres, se escuchan menos voces.

Cuarta secuencia. La mujer, que limpia los cuartos con un mohín de disgusto, exclama: «¡Qué vida! ¡Qué mundo!». Y añade misteriosamente para el muchacho: «El mundo está ahí, detrás, el que tú no conoces... pero que nos da de comer» (p. 101). La quinta secuencia trae el desenlace: un atardecer²⁰ unos guardias precintan la casa, y el muchacho, desalojado de allí, «se encontró en el camino solo y sin rumbo». Sigue contemplando la casa, la tapia y las seis ventanas, hasta que se las tapa un olivo. «Entonces torció hacia levante y se perdió sendero adelante, triste y a punto de llorar. Pensó en la vida y en el mundo, y lo imaginó cerrado ya, como ciego para siempre» (p. 103). Aunque el autor en ningún momento lo dice explícitamente, queda claro que se trataba de una casa de citas.

¹⁹ «Desde que estaba en aquella casa siempre le habían dicho lo mismo. La mujer le señalaba la larga pared, las ventanas, seis en total, pintadas con un verde pálido, comido por el sol: / –Por ahí no debes mirar nunca, ¿me entiendes?» (p. 93).

²⁰ «Sucedió casi de pronto, un atardecer, que era cuando realmente sucedían las cosas mejores y más misteriosas allí, bajo el pedazo de cielo trapezoidal que se extendía por encima de la tapia» (p. 101). La noche anterior había visto «cosas extraordinarias y nuevas» (p. 102): gritos, ruidos de hombre y mujer, etc.

«El secreto» (pp. 105-115) es un relato en primera persona, como revelan las palabras iniciales: «Ni siquiera escuché el ruido. Nada. Solamente sé que de pronto torcí mi vista y vi llegar a un hombre que caminaba lentamente hacia mí» (p. 107). El narrador-protagonista es un muchacho que vive con su madre, sus hermanos y un tío. El recién llegado es un hombre joven, muy moreno, con ojos duros y penetrantes, de mediana estatura, bien trajeado, con una cicatriz en la frente. Cuando le pregunta si hay guardias en la casa, el joven siente un escalofrío: «Aquel hombre tenía algún secreto y además estaba sediento» (p. 109). Como en uno de sus sermones el cura había hablado de la obra de misericordia de dar de beber al sediento, decide asumir el riesgo de esta aventura: para evitar preguntas, en vez de subir a la cocina trae el agua del pozo y le da dos vasos. Vienen después los compañeros del hombre, y también les da de beber. «Aquello indudablemente se ponía emocionante» (p. 111). El primer hombre pregunta por la frontera y le advierte severamente que no diga que los ha visto; si los cogen, será porque él ha hablado: «Sonreía. Me puso la mano sobre los hombros. Eran unas manos duras, correosas, morenas y encallecidas» (p. 113).

Por la noche el joven no puede dormir, pensando en lo sucedido. Al día siguiente, aparecen unos guardias en casa. Siente miedo y baja al establo, para no tener que contar nada: «Así estuve todo el resto del día, vagando por la casa, sin hablar con nadie, escondiendo aquel secreto que me quemaba la sangre y el pecho» (p. 114). Los guardias se van y queda más tranquilo. Al atardecer, mientras permanece tumbado en la cuneta —pues sigue sin querer hablar con nadie— ve aparecer de repente a tres hombres y tres guardias y al hombre moreno, con un guardia a cada lado, que le clava una mirada acusadora: «Yo tenía miedo y me puse a temblar». Uno de sus familiares comenta que son portugueses, de los que quieren pasar a Francia a trabajar:

Dijo mi tío, y yo cerré los ojos. Sentía un mareo y los músculos me los notaba tensos y duros. Me sentía culpable sin saber el porqué (p. 115).

Los cuentos de este libro, escritos con trazos sencillos pero vigorosos, son páginas llenas de vida: se advierte en ellos un palpito de humanidad y ternura, también de emocionada nostalgia. Sanjuán sabe dar a cada anécdota, a cada detalle, la máxima categoría estilística. Destaca su capacidad para captar los diversos sentimientos de los personajes: el miedo, la esperanza, la angustia, la resignación, en especial de los seres más desvalidos de la sociedad (niños, jóvenes jornaleros, personas derrotadas...), de nuevo vistos cariñosamente por el narrador, envueltos en su mirada tibia y amorosa.

4. FINAL

José María Sanjuán viene a representar en las letras navarras la corriente de preocupación social que invadió la narrativa española de los años 50 y 60. Pero en Sanjuán, al contrario de lo que ocurre en otros autores, el cultivo de una literatura «social» no disminuye ni un ápice su calidad literaria. Por el contrario, el espíritu de sus relatos, y lo mismo su valor artístico, está muy cercano al de un maestro del género, Ignacio Aldecoa, que también supo mirar con la misma nostalgia a los seres más desprotegidos de la sociedad. Esta circunstancia es interesante, porque apenas encontramos en otros escritores

navarros de los mismos años una preocupación similar, inmersos como estaban –por lo general– en el cultivo de los temas costumbristas o históricos, o bien centrados en la construcción de mundos narrativos personales (caso de Rafael García Serrano o Carmela Saint-Martin).

RESUMEN

Este trabajo es un estudio de la producción cuentística de José María Sanjuán (1937-1968), formada por dos libros: *El ruido del sol*, de 1968 (quince relatos ambientados en el mundo del toreo) y *Un puñado de manzanas verdes*, de 1969 (diez narraciones con la adolescencia como tema común). Cabe destacar la prodigiosa recreación de ambientes (más que en la acción el interés está muchas veces en el análisis psicológico de los protagonistas), el cariño con que están tratados los seres más desprotegidos de la sociedad (reflejo de la preocupación social de Sanjuán) y el tono lírico, nostálgico y evocador de muchos de estos relatos.

ABSTRACT

This paper is an approach to José María Sanjuán's short stories, included in two books: *El ruido del sol*, 1968 (fifteen short stories about the bullfighting world) and *Un puñado de manzanas verdes*, 1969 (ten short stories in which the adolescence is a common theme). It is interesting to emphasize the marvellous recreation of environments (frequently it is more significant the psychological analysis of the characters than the story line), the affection for the defenseless (according to Sanjuán's social preoccupation) and the lyric, nostalgic tone of these short stories.